

cariño y el respeto con que os saludan en este día los millares de personas que circundan vuestro hogar.

Esto me prueba que mi fe inquebrantable en los principios y mi intransigencia con la inmoralidad y la bajeza, me dan un lugar en la estimación de mis conciudadanos.

En este abrazo, encierro mis votos fervientes porque el Cielo prolongue vuestra vida para bien de la patria y felicidad de los vuestros.

APÉNDICE DE LA TERCERA EDICIÓN

NOTA I

MANIFIESTO DEL GENERAL MITRE
AL PUEBLO ARGENTINO RENUNCIANDO SU CANDIDATURA
Á LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA
EN 15 DE OCTUBRE DE 1891 (*)

Señalado espontáneamente por la opinión como candidato á la presidencia de la República en el próximo período constitucional, acepté la candidatura, sin más ambición que la del bien público, con el propósito de fundar un gobierno de todos y para todos, que normalizase las condiciones políticas y económicas del país, si el voto libre de mis conciudadanos me llevaba á la primera magistratura.

En las circunstancias difíciles que atraviesa nuestra patria, que excluyen toda ambición personal ó exclusivismo partidista y en que es necesario el concurso eficaz de todos sus hijos y la unión eficiente de las voluntades para dominarlas ó remediarlas en lo posible, ningún ciudadano que se inspire en los sentimientos del patriotismo ó se guíe por el instinto de la conservación colectiva, puede aspirar al mando ni disputarlo y si sólo puede aceptarlo como una imposición del deber ó como una solución nacional, contando con los medios suficientes de opinión y de gobierno, para responder á las necesidades que lo llamen á desempeñarlo en nombre de un interés supremo.

(*) A pesar de no haber sido pronunciado de viva voz, damos este manifiesto, considerándolo una verdadera arenga.

Inspirándome en estos sentimientos y guiado por este criterio político, fué que, al proclamarse popularmente mi candidatura por primera vez, declaré que la aceptaba: ó como solución nacional, ó como bandera de lucha para reivindicar la libertad del sufragio, si era necesario.

Cuando se proclamó por la segunda vez esa candidatura, bajo los auspicios del acuerdo de los partidos, declaré: que la aceptaba para suprimir la lucha en homenaje al bien común, á fin de abrir los comicios electorales en paz y libertad, para regularizar la vida institucional, así en la Nación como en las provincias, determinando un nuevo punto de partida en la vida política.

Las divisiones que sobrevinieron posteriormente con motivo del acuerdo, las consideré como disidencias de la opinión, que no modificaba el plan general y, por el contrario, le imprimían su verdadero carácter popular, por cuanto, bajo las garantías de una elección libre, no podía aspirarse á la unanimidad, que sería la negación del nuevo orden de cosas, que se trataba de hacer prevalecer por una política de concordia que reconciliase pueblos y gobiernos.

El acuerdo de los partidos ha producido resultados benéficos, aquietando el país y permitiéndole discutir pacíficamente sus cuestiones con propósitos más elevados; pero el desenvolvimiento de esa evolución inicial no ha correspondido en un todo á sus ojetivos, no por culpa de los que han intervenido en ella, sino por la acción de elementos refractarios que estaban más bien en las cosas que en los hombres y han obstado á sus resultados inmediatos y finales.

En estas condiciones, he considerado que mi candidatura á la presidencia de la República ha dejado de ser una fórmula de solución nacional y que, elegido presidente bajo ella—aun asegurado el éxito,—no daría el gobierno que el país pide y necesita, libre de todo reato, que apoyado en la opinión y contando en los medios suficientes de acción legal, satisficiera las legítimas aspiraciones del pueblo argentino.

Dispuesto á consagrar al servicio de mi patria en el

puesto que se me asignaba, los últimos años que me restan de vida, estaba igualmente resuelto á aceptar la situación política y económica que me tocase, cualquiera que ella fuere, pero contando con medios apropiados para fundar un gobierno eficiente, que respondiese con hechos á las esperanzas depositadas en mi candidatura.

La situación general de la República en la composición de sus elementos políticos, las obstrucciones locales que se prolongan y tienden á perpetuarse por los mismos medios que nos han traído á la situación en que nos encontramos, las influencias perturbadoras que alteran la armonía que se busca, los prospectos que por estas diversas causas se diseñan en el desarrollo ulterior de la política electoral, desviándola de sus rumbos iniciales, me han dado la convicción plena de que no sólo mi elección como presidente de la República en tales condiciones no es una solución nacional, sino también que mi administración bajo tales auspicios sería, además de estéril—lo que poco importa á mi personalidad,—perjudicial para la solución conveniente de las grandes cuestiones que el país necesita imperiosamente resolver, con seguridad en el orden político y económico, por cuanto no contaría con los medios suficientes y decisivos para responder á las esperanzas y aspiraciones generales, que deben ser plenamente satisfechas.

Por estas consideraciones, que son de evidencia, y dándome cuenta de mi responsabilidad ante propios y extraños, después de seria y tranquila meditación, he adquirido la convicción profunda de que no correspondería como debo y quiero, á la confianza que han depositado mis conciudadanos en mí, si mantuviese mi candidatura, y por lo tanto, la retiro indeclinablemente, agradeciendo el alto honor que se han dignado dispensarme.

No por esto hago abandono de la vida activa como ciudadano, en la gestión cívica de los intereses de mi país. Como ciudadano, estoy y estaré siempre al servicio de mi país y de sus autoridades constituídas, para ayudar á mantener el orden público y propender á la condensación y cohesión de los elementos conservadores de la sociabilidad

argentina, á fin de reaccionar contra el espíritu revolucionario que no promete sino ruinas y descrédito; para de este modo consolidar pacíficamente un orden regular, en que todos encuentren su equilibrio bajo los auspicios de la libertad y del trabajo solidario, y en este sentido persevero en la política del acuerdo de los partidos, aun eliminada mi candidatura.

Con estos sentimientos y con estos propósitos, hago votos por la prosperidad de mi país y por la felicidad de todos y cada uno de mis conciudadanos, sin distinción de partidos.

NOTA II.—Tomo III, página 172

80° ANIVERSARIO DEL GENERAL MITRE

DISCURSO DEL COMODORO R. BLANCO EN NOMBRE
DEL EJÉRCITO Y ARMADA

Señor General:

Cábeme el alto honor de haber sido designado para presentaros esta placa á nombre y como un homenaje del Ejército y Armada de la República, en la que alegóricamente resumen los hechos más culminantes de vuestra larga vida de repúblico, de soldado, estadista é historiador.

No voy á molestaros relatándoos los grandes servicios que habéis prestado á la República, con los que habéis comprometido la gratitud nacional, porque no podría condensarlos dentro del limitado marco de una felicitación, ni podría expresarlos en este momento, dada la extensa y accidentada actuación que habéis tenido en más de sesenta años de vida pública.

El Ejército y la Armada se han asociado á la idea de hacerlos una manifestación de cariño y aprecio en este día de vuestro natalicio, con todo el entusiasmo que debía despertar en sus filas, en las que formasteis desde niño, combatiendo siempre por la noble causa de la libertad y cuyo

comando en jefe ejercisteis conduciendo las tropas y la flota á la victoria en batallas gloriosas que jamás se borrarán de la memoria del pueblo argentino.

Señor General: el Ejército y la Armada consideran como bien para la República el que el Supremo Hacedor haya conservado vuestra existencia, y me han encargado os manifieste que hace ardientes votos porque se prolongue, á fin de que nos sirváis á todos, como hasta aquí, de ejemplo vivo de la virtud austera del hombre republicano.

DISCURSO DEL DOCTOR EMILIO FRERS EN NOMBRE
DE LA MANIFESTACIÓN POPULAR

General Mitre:

¡La República está toda de pie y tres generaciones de hombres os saludan!

Ved cómo se han confundido todas las clases sociales, todas las nacionalidades y todas las opiniones, para traer os esta espontánea manifestación de respeto, de admiración y de cariño. Y tened por seguro que dondequiera sea conocido el nombre argentino, también habrá en este día un pensamiento para vos.

Honrado con el encargo de dirigiros la palabra, no os hablo, señor, tan sólo en nombre de vuestros amigos, personales ó políticos, sino en el de un pueblo entero que se agrupa y aúna al calor de un solo sentimiento. Y reparad que, si es capaz de honrarse á sí mismo, al tributar este homenaje á un gran ciudadano, jamás se habría levantado para besar la mano de un mandón ó de un gobernante impuro.

Venimos, respetuosos de vuestra austeridad republicana y conscientes de lo que cuadra á nuestra altivez de ciudadanos, á deciros que consideramos tener el deber y el derecho de hacerlos esta glorificación popular, porque sois uno de los nuestros; porque jamás habéis dejado de serlo; porque, nacido en el pueblo, habéis caído de verdad en sus

brazos al descender de las alturas y habéis vivido siempre en él y para él; porque, si hay una vida que se haya identificado con la vida nacional, es la vuestra; porque vuestra historia es como el núcleo alrededor del cual se mueve medio siglo de la historia de este país.

Apartado de la arena y sentado en el alto solio á que llevan los años, vuestra vida pertenece ya á la historia; ni os alcanza la lisonja, indigna de vos, ni os ofende la verdad.

La historia... ¿qué dirá de Bartolomé Mitre, cuando le traiga á juicio y le presente á la posteridad despojado de toda su vestidura mundana?

En todo el continente americano no vive otro hombre cuya figura aparezca en los anales de su país durante medio siglo, como el eje en torno del cual giran los acontecimientos, como encarnación de la fuerza principal que agrupando elementos constituye el deshecho organismo de un pueblo y le imprime movimiento de progreso. No vive un hombre, uno solo, que durante tan largo transcurso de tiempo haya dedicado su existencia á la patria con la misma abnegación, con la misma continuidad de pensamiento y acción, con la misma unidad de vida, de prudencia, de sagacidad y virtud.

La historia tendrá que consagrar, por fuerza, el veredicto de sus contemporáneos y proclamarlo el primer americano de la actualidad.

Mas también dirá de él lo que Jefferson dijo de WASHINGTON: «fué un sabio, fué un hombre bueno, fué un gran hombre.»

Sabio: no con esa sabiduría de lo presente, que pareciera consistir en el divorcio psicológico de la cabeza y del corazón, en la exaltación del talento, y la prostitución del alma, sino con esa otra sabiduría de los tiempos clásicos, que es la absoluta concordancia del pensamiento y la acción, de la idea y de las obras, de la inteligencia y la conducta; que confunde la más alta expresión del talento con la más exquisita moralidad; con esa sabiduría á que se ha referido un gran pensador cuando ha dicho: «la razón

»hace filósofos, la gloria héroes, más sólo la virtud hace »sabios.»

La historia evocará su figura de estudioso, ora encerrado en el tranquilo gabinete, ora en los campos de batalla, robando minutos á la pelea y horas al sueño, para leer y escribir, para buscar y meditar las secretas leyes del desenvolvimiento humano en la ciencia, en las letras, en las artes, y ponerlas á contribución en la obra imponderable de consolidar el progreso y bienestar de medio continente americano. Y le presentará siempre de pie, dejando caer sobre el suelo nativo las inspiraciones de su alma virtuosa y de su espíritu nutrido de saber y de experiencia, que se condensan en haces luminosos para alumbrar los senderos de la vida nacional, inflamar á las veces los entusiasmos populares y avivar siempre la lucha por los grandes y nobles ideales.

Guerrero, hombre de estado, literato, historiador, periodista ú orador, el mundo le contará entre sus benefactores, porque, si sus obras llevan el sello nacional, su vida, sus ejemplos, sus enseñanzas tienen tal carácter de universalidad, que son para la humanidad.

Bueno entre los buenos le apellidará la historia. No, por cierto, por aquella bondad rayana de la indiferencia, que lo mismo mira el bien que el mal; sino por esa bondad humana, por esa ecuanimidad superior que es la característica de las almas de alto y ponderable temple.

E irá quizás á sorprenderlo en el secreto de la vida privada, en el santuario de las afecciones íntimas y de las virtudes domésticas, que en los hombres que dedican su vida al servicio y á la dirección de los pueblos, son complemento indispensable de las virtudes cívicas, pues que el hombre es uno, y la depravación y la deshonestidad le acompañan lo mismo en el llano que en las cumbres eminentes, tal como la virtud es compañera inseparable del hombre probo.

Y podrá penetrar sin cuidado en esta casa, donde un ilustre repúblico ha erigido un altar á sus penates, porque no encontrará sino lecciones que serán perdurable amones-

tación á los hombres públicos olvidadizos de los respetos que se deben á sí mismos y de los ejemplos que deben á la sociedad en que viven y también á las naciones que consienten que el vicio se trepe á las alturas.

Gran hombre: su vida es un libro abierto á la contemplación de las generaciones presentes y futuras: á cada uno de sus años corresponde una página, á cada página una gloria. Y son ellas tantas que sería imposible rememorarlas en este momento: tan imposible como el decidir cuál de sus grandes hechos es más grande.

La patria ensangrentada por la guerra implacable trabada entre dos sociabilidades que se disputan el predominio y el gobierno de las provincias argentinas—y después las tinieblas de aquella noche abominable que dura diez y siete años y en que sólo se siente el lúgubre gotear de la sangre y el rodar de las cabezas;—tal es el primer escenario que miran sus ojos. ¡Quién sabe cuánta benéfica influencia no habrá tenido su contemplación para moldear su espíritu y su carácter! ¡Quién sabe si á ella no se debió el odio á todas las tiranías, el amor á las instituciones libres y las dotes de organizador de que siempre dió palmarias pruebas!

Perseguido por el tirano, y errante en suelo extranjero, su espada brilla más de una vez con fulgores de triunfo, en tanto que su palabra juvenil resuena siempre como verbo de libertad, junto con la de los Varela, Alsina, Rivera, Indarte, Sarmiento y tantos otros ilustres proscritos, hasta que alumbra el sol de Caseros y llega la jornada generosa del 11 de septiembre de 1852, en que surge su figura de militar y de estadista forjada ya en el yunque del trabajo y de la adversidad.

Entonces comienza el gran combate de su vida: la lucha por la organización nacional, que, según sus propias palabras, les ha de «legar á nuestros hijos una patria grande, libre, fuerte, cumpliendo así el testamento de nuestros padres.» El «sitio grande» de Buenos Aires, Cepeda y Pavón, no son más que los jalones de la grande obra, cuya secreta trama no siempre lograron descubrir sus contempo-

ráneos en el revuelto hervidero de hechos y acontecimientos aparentemente contradictorios, de hechos que dieron lugar á que se tildara de «localista» al más nacionalista de los argentinos y que, sin embargo, debieron responder con mucha fidelidad al pensamiento que los inspirara cuando tan cumplidamente realizaron el ideal confesado de «constituir la nacionalidad argentina bajo el imperio de los principios.»

Alcanzada definitivamente la unidad de la Nación, ábrese una nueva era, en que el pensamiento del general Mitre es el pensamiento civilizador que preside sus destinos dominando todo el vasto escenario.

En la política exterior define la posición y la marcha de la República en el concierto de las naciones, determina su influjo en el derecho de gentes sudamericano é impone los principios liberales que han de cimentar el desenvolvimiento económico y la cultura de este pueblo.

Desde los comienzos de su histórica presidencia, pareciera haber arrancado su arcano á los tiempos, cuando, con visión profunda, negaba su adhesión al famoso tratado tripartido celebrado en Chile en 1856, y afirmando que la República nada tenía que temer de la Europa, con la cual estaba identificada hasta lo más posible por sus intereses y por su inmigración, concluía declarando que si á pesar de todo llegara el caso de que una nación europea amenazase los derechos de las naciones americanas, el Gobierno argentino sería el primero en proveer á su seguridad y á la reivindicación del derecho que quisiera hollarse.

Cuarenta años de paz y de constantes relaciones de amistad y comercio con las naciones europeas, han venido á dar espléndida y completa confirmación á aquellas ideas, cuyo recuerdo es necesario, porque la pasión ó la pequeñez contemporánea suelen desconocer la génesis de los grandes principios salvadores del porvenir argentino. Centenares de miles de extranjeros establecidos en nuestro suelo como elemento poderoso de civilización, atestiguan asimismo lo sabio y trascendental de aquella política, tan amplia y generosa como eminentemente nacional, que echaba las bases

de la grandeza del poderío de la patria al abrir de par en par sus puertas al comercio universal y alejar todo motivo de prevención ó recelo de parte de las naciones de Europa, para consolidar una reciprocidad de intereses y corrientes de simpatía sin las cuales la República estaría acaso vegetando aún en la obscuridad y la pobreza.

Ha sido él quien, de cuarenta años á esta parte, ha enseñado á este pueblo cómo, cuando es necesario, se lavan las afrentas con esfuerzo viril, cómo se detiene al enemigo que invade las fronteras y cómo, vencido, se le tiende la mano para que sea un hermano en la paz, en el trabajo, en el progreso de América.

Y ha sido él, por fin, quien ha dado su fórmula definitiva al derecho internacional sudamericano, al inspirar y sostener constantemente la grande y humanitaria doctrina que proscribiendo de América el derecho de conquista, asegura la tranquilidad de esta parte del continente, porque es promesa solemne de que la hegemonía que la República está llamada á ejercer, jamás hollará las leyes del honor ni será un peligro para las naciones vecinas.

En la vida interna del país, ¿qué es lo que existe desde su organización constitucional, que en alguna forma no lleve impreso cuando menos un átomo de su inspiración? ¿Qué rama de la actividad humana hay que no haya tocado para impulsar un progreso? ¿qué grandes luchas, de esas que son el alma, la fuerza y la razón de ser de las democracias, en que no haya intervenido, ya para avivar, ya para calmar sus ardores? ¿Qué virtudes cívicas que no haya alentado con la voz y con el ejemplo? ¿Qué principios, qué ideales levantados que no haya sostenido y cultivado con una lealtad y una consecuencia que sus mayores enemigos no podrían jamás negarle y que no ha sido sobrepasada por ningún hombre de Estado?

¡Errores!... ¡Sí! La historia se los demandará, porque acaso encontrará salpicada de ellos su vida. ¡Y qué mucho que así sea, si toda vida humana es inevitable conjunto de luces y de sombras, mas es de gloria cuando las luces son tantas que tornan diáfanas á las sombras!

General Mitre: ¡Así os contemplan hoy vuestros conciudadanos! ¡Así cree este pueblo que os juzgará la historia!

No es la primera vez que os rodea y os aclama, porque desde mucho tiempo ha, está acostumbrado á volver á vos los ojos en sus grandes alegrías y particularmente en sus grandes tribulaciones.

Hoy, que parecieran atormentarle indecibles temores y desfallecimientos, como si una ráfaga del universal desencanto quisiera matar los grandes principios, viene también á vos, como á la fuente de las inspiraciones patrióticas, porque, cualesquiera sean sus debilidades, comprende que hoy un escéptico bizantinismo que pudiera minar su existencia, y pide á sus hombres dirigentes, más que chispazos de genio, ejemplos de sensatez y tanto como talento, el patriotismo abnegado, la virtud incorruptible, la probidad inmaculada, la sinceridad inquebrantable de que sois ejemplo vivo.

¡A vos, señor, os saluda hoy vuestro país; mas los siglos os saludarán como á la encarnación genuina de sus altos y puros ideales; y vuestro nombre—Bartolomé Mitre—vivirá mientras exista en la tierra una Nación Argentina!